

□ Tiempo de lectura: 11 min.

¿Hasta dónde y cómo viajó el Santo de la Juventud? Nosotros recorremos los mismos caminos.

En la época de los trenes expresos internacionales, los coches de carreras de Fórmula 1, los jets supersónicos y las lanzaderas espaciales, puede parecer incluso patético hablar de los viajes de Don Bosco a pie, en diligencia o en “vapor”. Sin embargo, este aspecto nada desdeñable de su actividad no puede dejar indiferente cuando se piensa en la cantidad de tiempo, dinero y sacrificio que le costó a un hombre que no tenía ni tiempo, ni dinero, ni salud que malgastar.

A pie y a caballo

Cuando Juan se instaló en Castelnuovo a la edad de 15 años, ya había hecho una práctica, excepcional incluso para aquellos tiempos, de las largas caminatas. Cuántas veces había recorrido los solitarios caminos rurales de los Becchi a Morialdo, a Capriglio, a Buttiglieri, a Moncucco y, sobre todo, a Castelnuovo, con la única compañía del frío o del calor, de la nieve o de la lluvia, de la niebla o del calor, del barro o del polvo.

A los 16 años fue a Chieri. Su primer viaje seguro a Turín fue en abril de 1834, cuando se presentó en el Convento de los Frailes Menores de Nuestra Señora de los Ángeles, en la calle del mismo nombre, para negociar los asuntos de su vocación.

¿Cuántos siguieron aquella primera marcha a Turín? No lo sabemos. Ciertamente, la más famosa fue la de noviembre de 1846. De los Becchi partieron Don Bosco y Mamá Margarita hacia Valdoco, él con un paquete de cuadernos, un misal y el breviario, ella con un cesto de ropa blanca y las cosas más necesarias. El Teólogo Vola, que los recibió cansado y polvoriento en el Rondò della Forca, les preguntó:

- *¿De dónde venís?*

- *Del pueblo.*

- *Y por qué habéis venido a pie? - Porque... echamos de menos a estos... Y Don Bosco se pasó el pulgar por el índice con el típico gesto de quien carece de un céntimo para hacer una lira.*

Eran los tiempos de Don Bosco, cuando las piernas aún servían al hombre como medio de locomoción. El coste de los coches disuadía a los pobres de utilizarlos. Después de todo no había tanta prisa ni tanta pereza como hoy. Para Don Bosco, pues, caminar no era sólo una cuestión de economía. Sufría terriblemente el movimiento del coche. Siendo aún subdiácono en Castelnuovo, invitado a predicar en Avigliana, prefirió recorrer a pie todo el camino -54

kilómetros- para ahorrarse las náuseas de un viaje en carruaje. Cuando expresó al P. Cafasso su deseo de partir para las misiones, escuchó una respuesta:

- *¿No te apetece recorrer un kilómetro y medio, un minuto en un carruaje cerrado sin malestar estomacal, y quieres pasar por el mar? ¡Morirías en el camino!*

Y Don Bosco, mientras pudo, utilizó el caballo de San Francisco, en la ciudad y fuera de ella, solo y en compañía. Basta recordar sus famosos paseos otoñales de los años cincuenta y sesenta.

Ya entrado en años, se le oía decir en una conversación

"El movimiento es lo más beneficioso para la salud. Como clérigo y en los primeros años en que fui sacerdote, siempre estuve enfermizo. Más tarde hice mucho ejercicio y me puse bien. Aún recuerdo que una vez cabalgué con el P. Giacomelli más de 50 kilómetros piemonteses en un día. Salimos de San Genesio para ir a hacer recados a Turín y luego volver a Avigliana. Otras veces salía de Turín e iba a los Becchi en seis horas y caminaba esas doce millas [30 kilómetros], sin apenas detenerme un momento. Incluso ahora, cuando me siento cansado y oprimido, salgo a visitar a algún enfermo hasta el Po o Porta Nuova, y nunca tomo el coche, salvo cuando es necesario por la importancia de un trabajo, o porque tengo prisa o corro el riesgo de perder una cita.

Soy de la opinión de que una causa nada desdeñable de la mala salud actual es el hecho de que ya no hacemos tanto ejercicio como antes. La comodidad del omnibus, del coche, del ferrocarril, nos quita muchas oportunidades de dar incluso paseos cortos, mientras que hace cincuenta años, ir de Turín a Lanzo a pie se consideraba un paseo. Me parece que el movimiento del ferrocarril y de los coches no es suficiente para que el hombre pueda estar bien". (MB XII, 343)

Pero Don Bosco también había aprendido a montar a caballo. En el verano de 1832, el preboste de Castelnuovo, Don Dassano, que le daba lecciones de escuela, le confió el cuidado del establo. Juan tenía que sacar el caballo a pasear y, una vez fuera del pueblo, saltaba sobre su lomo y lo hacía galopar. Como nuevo sacerdote, le invitaron a predicar en Lauriano -a unos 30 kilómetros de Castelnuovo- y partió a caballo para llegar a tiempo. Pero la cabalgata acabó mal. En la colina de Berzano, la bestia, asustada por una gran bandada de pájaros, se encabritó y el jinete acabó en el suelo con los huesos rotos.

Don Bosco realizó algunos de estos paseos en ocasiones, en sus andanzas por el Piemonte y en algunos tramos durante las salidas con sus muchachos. Digno de mención es el ascenso triunfal a Superga en la primavera de 1846. El Oratorio llevaba una vida precaria en la pradera de Filippi y un día Don Bosco quiso llevar a sus traviesos muchachos en peregrinación al famoso santuario. Cuando llegaron a Sassi, al pie de la ladera, encontraron un caballo enjaezado y vestido de gala que el

párroco de Superga, Don Giuseppe Anselmetti, había enviado al capitán de la brigada. Don Bosco lo montó en el arco rodeado de sus mocosos que, mientras caminaban, se divertían cogiendo a la bestia por la brida, por la cola, manoseándola, empujándola. Y parece que esta vez el cuadrúpedo, más paciente que un asno, se soltó, como si supiera que tenía a Don Bosco en la silla. Lejos de ser triunfal, sin embargo, fue la travesía de los Apeninos a lomos de un asno en el viaje a Salicetto Langhe, en noviembre de 1857. El camino era estrecho y empinado, la nieve alta. El animal tropezaba y se caía a cada paso y Don Bosco tenía que desmontar y empujarlo hacia adelante. En el descenso, demasiado empinado, ya empapado de sudor, él mismo cayó mal, hiriéndose en una pierna. Sólo el Señor sabe cómo pudo llegar a la aldea a tiempo para la sagrada misión. Aquel no fue el último viaje de Don Bosco en burro. En julio de 1862 hizo el trayecto de 6 km de Lanzo a San Ignacio en el mismo medio de transporte. Y así, probablemente, otras veces.

Pero uno de los viajes más gloriosos de Don Bosco fue el que hizo en octubre de 1864 de Gavi a Mornese. Llegó al pueblo a última hora de la tarde, con el festivo sonido de las campanas. La gente salió de sus casas con las lámparas encendidas y se arrodilló a su paso, pidiéndole una bendición. Era el hosanna del pueblo al santo de la juventud. “Creo -escribió el P. Luigi Deambrogio sobre aquel acontecimiento- que no hay nada que desmitificar ni redimensionar.

Nadie, sólo quien no ama, puede anudar las manifestaciones del Señor”.

En coche en la época de la diligencia

A pesar de la pobreza, las dolencias estomacales y los hábitos de un caminante empedernido. Don Bosco se vio obligado a utilizar con frecuencia los coches públicos y los “maderos” privados, desde las diligencias a los velociferi, desde los ómnibus a los carruajes señoriales.

Las diligencias eran grandes carruajes de unas 12 plazas, con interior, cupé y capota imperial o abierta. Tiradas, normalmente, por seis caballos con dos diligencias, recorrían largas distancias y costaban menos a los pasajeros que los correos del gobierno. El primer servicio de diligencias en Piamonte fue el de los Hermanos Bonafous, inaugurado en 1814. Don Bosco, al tomar la diligencia, prefería sentarse en el imperial para respirar aire fresco y ahorrarse el reflejo nauseoso que le producía el coche cerrado.

En 1828 aparecieron los *velociferi* en las calles del Piamonte, lo que supuso un paso adelante en el servicio de pasajeros, tanto por el número de asientos, que podían llegar a treinta, como por el menor coste del viaje. El tiro de los velociferi era generalmente de cuatro caballos con un solo cochero y su velocidad algo mayor

que la de las diligencias debido al cambio más frecuente de caballos. Sin embargo, realizaban rutas más cortas, conectando ciudades como Turín y Pinerolo, Turín y Asti. Dada la velocidad, el tamaño del carroaje y las condiciones de la carretera, si las diligencias podían llamarse «carroajes digestivos», los velociferos debían de suponer serios dolores de estómago para pasajeros como Don Bosco.

Los ómnibus hacían trayectos aún más cortos, conectando el centro de la ciudad con los suburbios o las ciudades vecinas. Eran carroajes de cuatro ruedas tirados por caballos, con un máximo de 16 plazas. El servicio, instituido en Turín en los años 1845-46, se transformó en 1871 en un ómnibus de tracción animal con raíles, aquella “Carrozza di tutti” inmortalizada por la pluma de De Amicis, un convoy, es decir, para todo tipo de personas, que anunciaba su llegada a los cruces de la ciudad con un toque de trompeta.

Además de los transportes públicos, entre los que no hay que olvidar los *cittadine* o carroaje de ciudad, circulaban, por supuesto, todo tipo de “maderos” privados, de primera, segunda o tercera clase según su estructura y capacidad, el número de ruedas y caballos, desde calessini descapotables de dos plazas hasta berlinas cerradas de cuatro plazas.

Sería imposible incluso enumerar todos los viajes de Don Bosco en diligencia, velocifero, ómnibus o carroaje privado. Y aún más difícil sería distinguir a veces si se trataba realmente de un viaje en diligencia o no, más bien en velocifero u ómnibus.

En cualquier caso, el primer viaje de Don Bosco en diligencia, del que tenemos algún recuerdo, fue de Pinerolo a Turín durante las vacaciones de Pascua del curso 1834-35, cuando era estudiante en Chieri. La información nos la proporciona una carta suya de juventud, la primera del Epistolario editado por el P. Ceria. Juan había viajado a Pinerolo invitado por la familia de su amigo Annibale Strambio. En la carta, a falta de la primera parte, no se menciona el viaje de ida. Pero el viaje de regreso está bien especificado: “Permanecí otros dos días en Pinerolo y [...] el día señalado subí a la diligencia y llegué a Turín, desde aquí regresé a Chieri”. El servicio Turín-Pinerolo lo realizaba en 1835 Diligenze Bonafous a un precio de 2,70 liras en los vagones de primera clase, 2,20 en los de segunda y 1,65 en los de tercera. Es de suponer que Juan tomó un carroaje de tercera categoría.

A finales de 1850, Don Bosco hizo su primer viaje a Milán con pasaporte, invitado por Don Serafino Allievi para predicar el jubileo en el oratorio de S. Luigi, en Via S. Cristina. Al parecer, hizo ese viaje en velocifero vía Novara y Magenta, por tanto, cambiando de servicio de carroaje en las estaciones principales. En total, al menos 15-16 horas.

De sus viajes en ómnibus, recordamos, a modo de ejemplo, el de Turín a Rivoli en

1852, cuando llevó a los muchachos de Valdoco a hacer ejercicios espirituales en Giaveno. El tramo Rivoli-Giaveno, de 18 kilómetros, se recorría, por supuesto, a pie. El ómnibus debió de servir a Don Bosco en otras ocasiones para ir a pie a pueblos como Moncalieri, Rivoli, Chieri, Trofarello y Carignano.

Un viaje en “coche” que tuvo un eco particular en Valdocco fue el de Turín a Lanzo en julio de 1862. El mismo Don Bosco escribió sobre él a sus jóvenes. Dos años más tarde volvió a hacer ese viaje en “ómnibus”. Pero probablemente se trataba, en ambos casos, de un velocifero. De hecho, no parece que hubiera ómnibus en la carretera Turín-Lanzo en aquellos años, sino velocifero, que salían, ya en 1858, de la Plaza de Milán a Porta Palazzo, cerca del hotel Rosa Bianca, dos veces al día. En 1862 las cosas fueron bastante bien hasta Ciriè, pero de Ciriè a Lanzo, es decir, durante una docena de kilómetros, llovió a cántaros. Don Bosco se sentó en el imperial entre dos pasajeros que llevaban los paraguas abiertos. Así, con la lluvia recibió también la escorrentía de los paraguas. Llegó a Lanzo mojado como un pollito. Entonces escribió en su carta: “Vosotros, queridos jóvenes, habréis visto a Don Bosco bajar del coche todo empapado, como esas ratas que a menudo veis salir de la *bealera* que hay detrás del patio”. La *bealera* era uno de esos canales de riego y desagüe que no faltaban en la zona de Valdoco, cerca de la Dora. El relato es hilarante, pero da que pensar.

Don Bosco utilizaba carroajes privados para entrar y salir de Turín, sobre todo durante sus estancias en ciudades como Roma y Marsella. En esos casos se trataba evidentemente de un servicio que le prestaban benefactores.

En el carroaje del Sr. Alberto Nota, Juan Bosco hizo su viaje de Pinerolo a Fenestrelle con su amigo Aníbal Strambio en la primavera de 1835. Cuando casi llegaban a Fenestrelle, se levantó un viento tan furioso que el caballo retrocedió. La oscuridad, debida a la inminente tormenta, les obligó a buscar refugio en una ensenada de la montaña. Regresaron a Pinerolo ya entrada la noche, cuando amainó la tormenta. También en calesa (coche de dos ruedas tirado por un caballo, para dos personas) fue el primer viaje de Don Bosco a Stresa, en el otoño de 1847. El empresario Federico Bocca se ofreció a acompañarle. En el viaje de ida fueron a Chivasso, Santhià, Biella, Varallo, Orta y Arona. En el viaje de vuelta siguieron la ruta de Novara y Vercelli. En las paradas, Don Bosco pasaba el tiempo charlando con los posaderos, cocheros y mozos de cuadra, e incluso convencía a algunos para que se confesaran. Lo hacía, al fin y al cabo, cuando se sentaba en un palco junto a algún postillón que se reía con demasiada facilidad para hacer trotar a los caballos.

De sus estadías romanas podemos recordar la de 1869, cuando el Cardenal Berardi puso su carroaje a disposición de Don Bosco. Al parecer, durante aquella estancia, el mismo Papa Pío IX envió un carroaje para recoger a Don Bosco y llevarlo al

Vaticano. El carro del Papa, contaba Don Bosco a los jóvenes, era tan grande que bien podían caber 14 personas; estaba todo cubierto de seda y flecos. Y si los flecos no estaban, él los ponía.

En sus viajes por Francia, nobles caballeros de Niza, Lyon, Marsella y París competían por el honor de llevar a Don Bosco en sus carros. Y él tuvo que adaptarse, aunque estaba convencido, como decía, de que “al cielo no se va en carro”.

En los ferrocarriles

Con el creciente desarrollo del ferrocarril, los carros públicos pasaron a asumir un papel complementario y subsidiario del nuevo medio de transporte. La mayor economía de viajar en “vapor” beneficiaba a todos y especialmente a los que, como Don Bosco, viajaban habitualmente en tercera clase. Por no hablar del ahorro de tiempo, que se reducía prácticamente a un tercio. De hecho, el caballo no supera los 10-12 kilómetros por hora al trote. Así que, con las pertinentes paradas en las estaciones de correos, un viaje como Turín-Asti podía durar hasta ocho horas con las viejas diligencias, no mucho menos con el velocifero. Por ferrocarril, en la década de 1960, habría durado normalmente, y con los trenes parando en las nueve estaciones del trayecto, una hora y 40 minutos. El tramo Turín-Génova, que suponía un viaje en diligencia de unas 25 horas, podía hacerse en tren en unas ocho horas. Aún estaba muy lejos de las velocidades actuales, pero, en aquellos días, ya parecía impresionante. No faltaban inconvenientes que ahora parecerían insoportables, como las frecuentes paradas, el frío extremo en invierno, la falta de servicios, las molestias del humo de los vapores y cosas por el estilo. ¡Piensa en los ruidosos y excitantes pasajes de los túneles! Subir a un tren en aquella época aún parecía un riesgo y el miedo a las catástrofes no estaba del todo ausente.

Cuando, en 1858, Don Bosco hizo su primer viaje a Roma, se procuró no sólo un pasaporte, sino también un testamento. Sin embargo, sólo hizo en tren el tramo Turín-Génova, que se había completado en 1853 con el túnel de los Apeninos. En 1858 el precio de ese trayecto era de 16,60 liras en primera clase, 11,60 en segunda y 8,30 en tercera, todo un ahorro comparado con las treinta liras de la diligencia.

En Génova, Don Bosco tuvo que embarcar en el Aventino, un vapor que iba a Civitavecchia. Tuvo fiebre y mareos. De Civitavecchia a Roma viajó en una diligencia postal tirada por seis caballos.

Después de 1858 ya no se contabilizaron los viajes de Don Bosco en ferrocarril. Basta pensar en los 20 viajes a Roma de 1858 a 1887, los 12 a Francia de 1876 a

1886, el viaje a Austria en 1883 y el de España en 1886.

En sus frecuentes viajes en tren, Don Bosco no permanecía ocioso. A pesar de sus molestias físicas, pasaba el tiempo corrigiendo o conversando con sus compañeros de viaje, instruyendo a los ignorantes, confundiendo a los malvados, defendiendo sus obras si era necesario. También ejercía a veces el ministerio sacerdotal, cuando no estaba recogido en oración.

El último viaje

Con su regreso de Roma, en mayo de 1887, Don Bosco puso fin a su larga peregrinación alrededor del mundo. Por prescripción médica, y por el hecho mismo de que ya no podía mantenerse en pie, por las tardes aún se valía de un carroaje regalado para algunas breves salidas por la ciudad; luego, en julio, se vio obligado a abandonar el bochornoso calor de Turín y pasar unos días en Lanzo. Allí, cada tarde, daba un corto paseo en una silla de ruedas empujado por su fiel secretario Don Viglietti. Se le oyó exclamar: “¡Yo, que solía retar a los más delgados a dar saltos, ahora tengo que caminar en un carroaje con piernas ajenas!”

Durante su última enfermedad, en diciembre del 87-enero del 88, respondió al Dr. Fissore que le infundió valor: “Doctor, ¿quiere resucitar a los muertos? Mañana... iharé un viaje más largo!”.

Y el del 31 de enero de 1888 fue su último viaje.